

El Valle Medio del Guadiana, “Espacio de Frontera” en la Protohistoria del Suroeste (II)

Uno de los aspectos más definidores de la historia del Valle Medio del Guadiana (y Tajo) es su carácter fronterizo, como espacio de contacto y transición entre realidades socioculturales diversas. Dicho carácter muy bien pudo determinar los particularismos del poblamiento orientalizante y del posible modelo de expansión comercial al que parece asociarse. Concluida la hegemonía tartésica, vettones, célticos y túrdulos esencialmente fueron las etnias que protagonizaron el replanteamiento socioeconómico y cultural que permitió la superación de las consecuencias negativas que para este territorio tuvo el 400 a.C. así como la definición de la Beturia prerromana.

Le caractère de frontière, comme espace de contact et de transition de réalités socioculturelles différentes, est sans doute un des aspects les plus relevés de l'histoire de la Vallée du Guadiana et du Tajo. Ce caractère fut, peut-être, la raison principale des particularités de la population orientalisante et du possible modèle d'expansion commerciale associé. Après la fin de Tartessos, les «vettones», «célticos» et «túrdulos» essentiellement furent les peuples responsables de la récupération économique et culturelle de ce territoire-ci à partir du 400 a.C. et aussi la définition de la Beturia pré-romaine.

2. LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO: CONTINUIDAD Y RUPTURA EN LA PERIFERIA TURDETANA. LA CONFIGURACIÓN DE LA BETURIA PRERROMANA

2.1. El poblamiento y las nuevas bases económicas: los pastos y el hierro

Concluido el esplendor comercial tartésico, las cuencas medias del Guadiana y Tajo, en general, y quizá ciertos sectores como la actual comarca de La Serena, en particular, se nos muestran una vez más como confín en el sentido íntegro del término; o sea, como una zona relativamente habitada con un alto grado de incertidumbre socioeconómica y próxima a

otra ocupada por comunidades de tipo expansivo, como es la Meseta de los pueblos prerromanos. La helenización del sustrato orientalizante que podría haber supuesto la última fase de Cancho Roano, por razones que todavía ignoramos, se vio truncada con el abandono del propio edificio y todo lo que ello representó: el último intento de recuperación de un espacio inmerso en un secular sistema socioeconómico y cultural en crisis (Rodríguez Díaz, e.p.). Pero, a pesar de todo, los vínculos con el Suroeste no llegarían a desaparecer y del mismo modo que siglos atrás el Valle Medio del Guadiana fuera periferia tartésica a partir de ahora lo será de la Turdetania. En este sentido, fue el propio Estrabón (III, 2, 1) quien al describir los confines de esta nueva región refirió que la

Turdetania estaba regada por el río Betis y se extendía hacia el interior «por la parte de acá del Anas», cuyo curso la limitaba «al Occidente y al Septentrión», e incluso mencionó la existencia de montes metalíferos que se prolongaban «hasta el Tágos».

A pesar del desconocimiento global de cuanto acontece durante el siglo V a.C. en otros puntos de este territorio, todo parece indicar que los siglos siguientes (IV–III a.C.), en las cuencas medias del Tajo y Guadiana, conllevan un proceso de discontinuidad cultural bastante acusado respecto a la fase anterior. La Arqueología, los textos clásicos y otras fuentes diversas (Almagro Gorbea y Lorrio, 1987) coinciden en señalar la presencia de poblaciones del interior peninsular en esta zona, provocando lo que hemos dado en llamar un proceso global de «continentalización» o «celtización» del pasado orientalizante (Rodríguez Díaz, 1990). A grandes rasgos y desde el punto de vista cultural, dicho proceso —sin llegar a excluir la tradición— individualizará, que no aislará, a la actual región extremeña de las grandes áreas de la Cultura Ibérica. Vettones, célticos y túrdulos, y ya en época romana también lusitanos, protagonizarán la llamada «Cultura de los Castros»; un horizonte cultural de acusada personalidad y diferencias internas notables, cuya mejor expresión geográfica será la definición de la Beturia prerromana al sur del Guadiana (García Iglesias, 1971).

Aparte del agotamiento del propio sistema tartésico, consideramos que las claves económicas que provocaron este nuevo marco de relaciones culturales en este territorio se corresponden con la búsqueda por parte de las citadas poblaciones meseteñas de materias primas como el hierro (hasta ahora poco explotado en esta zona) y la necesidad de pastos para el ganado durante los crudos inviernos de la Meseta. Por tanto, hierro y ganado, pilares básicos del poder y del prestigio de las élites y pobladores de las tierras interiores de la Península, parecen ser también factores condicionantes de su proyección hacia el Sur. A pesar de las limitaciones que impone el desconocimiento de aspectos tan sugerentes como la demografía, la ecología y la antropología antiguas, el registro arqueológico deja entrever otros aspectos no menos interesantes que nos ayudan a reconstruir dicho proceso. Entre ellos, el poblamiento es, una vez más, el que en la actualidad mejor refleja la reorganización territorial y económica que define esta etapa de la «protohistoria extremeña».

Prospecciones, sondeos estratigráficos y excavaciones sistemáticas están revelando el surgimiento de un nuevo patrón de asentamiento que tiene como célula básica «el castro». Como ya anticipamos anteriormente, salvo aquellos casos de un incuestionable valor estratégico, estos poblados fortificados se situarán por lo general en lugares no habitados en la fase Bronce Final–Período Orientalizante, aunque en no pocas ocasiones se están detectando ocupaciones calcolíticas. Todo ello parece apuntar efectivamente hacia una relocalización mayoritaria de los asentamientos respecto al período anterior que, como es lógico, implica el desarrollo de una nueva estrategia de control sobre el territorio y sus recursos. Dicha estrategia parecer ser que no es otra que la que promueven la ganadería y la metalurgia del hierro; una estrategia que provoca una concepción nueva del espacio, y quizá del tiempo, distinta a la desarrollada por los orientalizados pobladores de siglos anteriores. Y es precisamente en este marco interpretativo en el que hemos de situar el surgimiento de nuevos polos económicos y demográficos en alza que, a su vez, contribuirán enormemente a comprender la realidad arqueológica aparejada a la geografía de los denominados «pueblos históricos» (vid. supra) (Fig. 1).

Sin ignorar las limitaciones y objeciones que puedan hacerse a la denominada «Arqueología del Territorio», las aproximaciones teóricas dirigidas a la evaluación de los recursos potenciales del espacio inmediato a los castros prerromanos del Tajo y Guadiana Medios (Ongil Valentín, 1986-87; Martín Bravo, 1991; Cabello Caja, 1992) muestran ya un entorno más favorable para la explotación ganadera que para su dedicación agrícola, en función del mayor porcentaje de tierras dedicadas a pastos y monte de encinas más o menos denso respecto a los espacios cultivables. A esto habría que añadir las características topográficas y edafológicas de las zonas en las que se sitúan estos asentamientos: paisajes montañosos —incluso agrestes— y suelos bastante degradados y poco profundos, que a menudo dejan ver múltiples afloramientos rocosos. Sin embargo, resulta frecuente la presencia de fuentes o cursos de agua muy próximos a los poblados, cuyo control como bien primario y ruta natural se perfila como uno de los principales factores económicos para explicar la distribución del poblamiento prerromano en esta región.

Este predominio de pastizales en torno a los castros extremeños está en gran consonancia con los

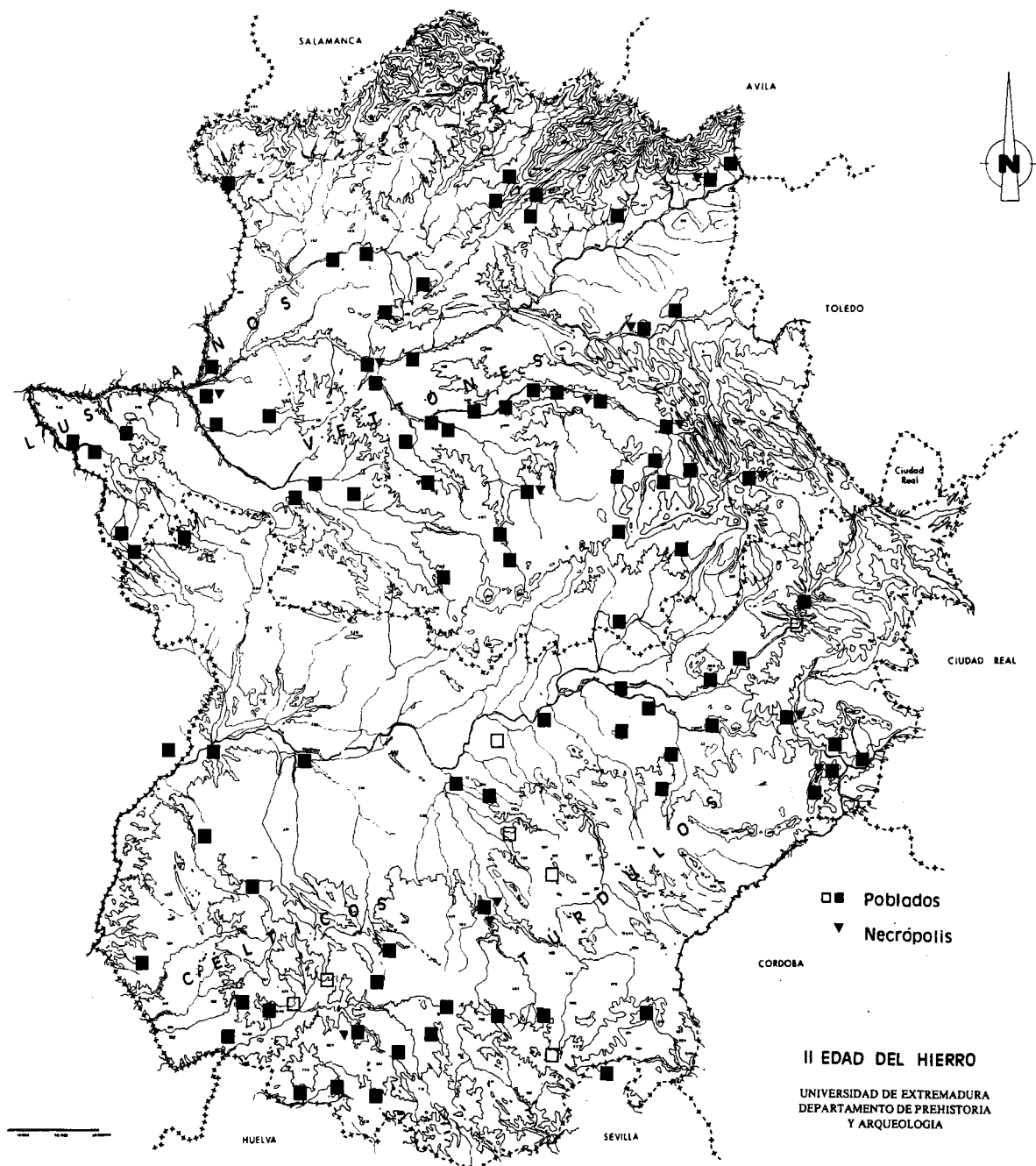


Figura 1. Poblamiento prerromano en los valles medios del Guadiana y Tajo.

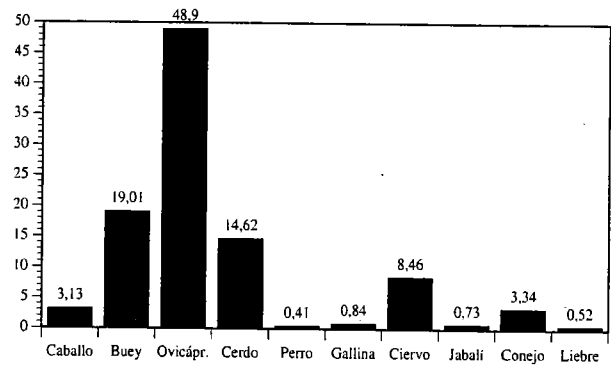
resultados obtenidos de los todavía muy escasos estudios palinológicos y faunísticos realizados en distintos puntos de la región extremeña, si bien el potencial informativo de éstos está en buena parte limitada por los particularismos que definen cada comarca y las peculiaridades de cada muestra (tamaño, contexto, etc.) (Morales Muñoz, 1990). En este sentido, las referencias faunísticas más sólidas proceden del

Castillejo de la Orden de Alcántara (Castaños Ugarte, 1988), Botija (Bustos y otros, 1989) (prov. de Cáceres), Los Castillejos-2 de Fuente de Cantos (Castaños Ugarte, 1987 y 1991b) y la Ermita de Belén de Zafra (Castaños Ugarte, 1991a) (prov. de Badajoz). A pesar de las diferencias manifiestas que existen entre todos estos asentamientos, una primera valoración conjunta de las muestras nos pone en rela-

ción directa con poblaciones con un régimen de subsistencia animal de tipo mixto en el que ovicaprinus, bóvidos, suidos y équidos —por este orden— constituyen la base de la fauna doméstica y el ciervo es con diferencia el animal más cazado. En líneas generales, podemos concretar que ese carácter principal de la ganadería ovicaprina, aparte de constituir uno de los rasgos más definidores del mundo prerromano peninsular, es, a la vez, uno de los aspectos diferenciadores más relevantes respecto al Período Orientalizante en la explotación y manipulación de especies domesticadas en todo el Suroeste peninsular (Almagro Gorbea, 1983), en general, y en la Cuenca Media del Guadiana-Tajo, en particular (Gráf. 1).

De este modo y dejando a un lado aquellas especies cuya relación con el hombre resulta problemática, caballo y asno se encuentran muy discretamente representados en estos yacimientos extremeños y la edad adulta de la mayor parte de los individuos recuperados parece evidenciar su explotación como animales de tracción y carga. Estas funciones junto al simbolismo que el caballo pudiera poseer entre estas sociedades podrían justificar esos bajos porcentajes en los histogramas faunísticos de estos hábitats. Mucho mejor representado está el bovino doméstico, cuya explotación —como ya hemos comentado— parece ocupar un segundo plano respecto al Período Orientalizante (Morales Muñoz, 1977; Castaños Ugarte, 1991b: 46-48). «El predominio de individuos adultos, alguno de los cuales presenta un desgaste dentario que denota su avanzada edad apunta hacia una explotación secundaria de la especie. La mayor parte de los animales han sido utilizados bien como productores de leche o como fuente de energía mecánica a lo largo de su vida siendo sacrificados o muriendo en edad adulta» (Castaños Ugarte, 1991b: 253). Sin duda, la cabaña doméstica más frecuente y notable en los castros prerromanos extremeños es la ovicaprina con cuyo pastoreo (o incluso con la caza) podrían relacionarse las formas caninas documentadas hasta el momento, si bien, en lugares como Alcántara y Belén el ganado ovicaprino se ve superado tímidamente por el vacuno. La gran fragmentación y las prácticas de despique constatadas en los restos de ovejas y cabras del Tajo y Guadiana Medios (Castaños Ugarte, 1991b: 50-51) indican claramente que dichos animales formaron parte muy importante en la dieta de aquellas gentes. Asimismo, el predominio casi absoluto de adultos pone de manifiesto un tipo de explotación secundaria

BOTIJA NR



FUENTE DE CANTOS NR

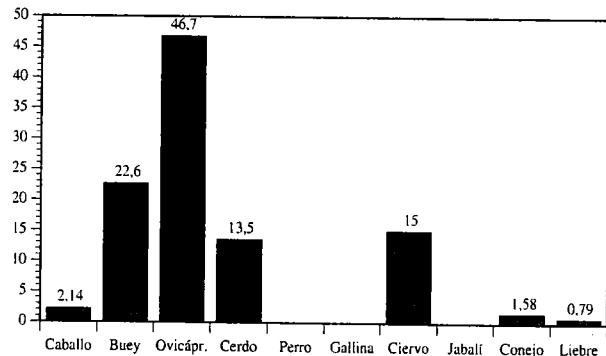


Gráfico 1. Valores porcentuales.

paralela y complementaria a la del ganado vacuno. «El ovicaprino se sacrifica fundamentalmente edad avanzada ya que se utiliza como productor de leche y lana» (Castaños Ugarte, 1991a: 254). «Además, los ovicapridos interesan también porque estabilizan la tierra haciéndola más eficaz y en tiempos difíciles o años malos del ciclo agrícola pueden paliar el hambre. Tienen muchas ventajas sobre el ganado mayor; se crían más deprisa y se reproducen más jóvenes; soportan bien las sequías; dan leche y estiércol y pueden redilar en los campos de cereal, removiendo y abonando la tierra para la siembra (...) Sin embargo, lo más importante de todo es el hecho de que son recursos básicos de la comunidad en las penurias económicas. Cuando llega la sequía y las cosechas fallan o hay ataques de otros grupos, las cabras y ovejas protegen a los supervivientes» (Harrison y Moreno, 1985: 71). Pero tampoco hemos de olvidar que ovejas y cabras constituyen las especies que mejor se adaptan y adecúan al extremado clima y al paisaje de pastizales temporales de esta zona peninsular y, finalmente,

quizá convenga recordar también que entre los factores que pudieron potenciar también el desarrollo de la cabaña ovicaprina podría estar el religioso, como se desprende de toda una serie de exvotos (Blázquez Martínez, 1962; Alvarez S. de Buruaga, 1970; Maluquer de Motes, 1981) e inscripciones (Balmori, 1935; López Melero, 1986; Caballero y Rosco, 1988) dedicadas a Ataecina que tienen como modelo iconográfico a esta especie durante época romana.

Pero a pesar de todo, con la información que hoy poseemos, resulta prácticamente imposible precisar la modalidad de pastoreo practicada durante el período prerromano en este territorio en función del desconocimiento de las razas ganaderas y de la capacidad real de poder de estas comunidades cuyos intereses en no pocos casos debieron interferirse. Igualmente, ignoramos aspectos tan relevantes como las fórmulas que regularon el control directo sobre los pastos así como la protección y el acceso a los mismos a través de caminos, vados y puertos. En este mismo sentido, ya desde el pasado siglo hubo quienes como Vicente Paredes Guillén (1888) o Joaquín Costa plantearon la existencia de una transhumancia a gran escala entre los pueblos pastoriles del interior peninsular al considerar los verracos como hitos de caminos ganaderos. Como es sabido, dichos planteamientos, tan arriesgados como sugerentes, han sido sucesivamente cuestionados en función de la inestabilidad social casi permanente entre estos pueblos (Caro Baroja, 1946) o la inexistencia de unas circunstancias sociopolíticas e históricas específicas (Maluquer de Motes, 1982: 170), entre otras cuestiones. En nuestra opinión, menos controvertido resultaría admitir la existencia de desplazamientos ganaderos transterminantes, inscritos, a su vez, en una dinámica global en la que el mundo vettón (Alvarez Sanchís, 1990) debió gozar de una posición de privilegio y en virtud de la cual parecen justificarse semejanzas y particularismos culturales que trataremos más adelante. De cualquier forma, resulta evidente que la explotación ganadera durante época prerromana en los valles medios del Tajo y Guadiana se encuentra en un estado de auténtica madurez y pleno control de todas sus posibilidades secundarias. En consecuencia, todo ello nos obliga, en adelante, a estar especialmente atentos a las consideraciones que puedan derivarse del análisis comparado de los posibles cambios en los sistemas de explotación ganadera y las variaciones en la propia cultura material. No en vano hemos de recordar en este sentido que el carácter ganadero de la actual

Extremadura es, tal vez, «el rasgo más destacado de su economía y de su potencial (...) y una de las dedicaciones más íntimamente ligadas a la historia y a la tradición regional» (Barrientos Alfageme, 1990: 155).

Pero esta orientación preferente a la ganadería, igualmente reflejada en las fuentes literarias (Blázquez Martínez, 1957), no excluye en absoluto la práctica de tareas agrícolas en estos asentamientos. Aparte de la lógica existencia de terrenos cultivables en sus inmediaciones, resulta significativa la documentación de aperos de labranza (hoces, podaderas, azuelas, molinos y molederas) junto a restos de cereales carbonizados que confirman la explotación de las vegas o tierras de labor próximas. A pesar del parcial conocimiento que actualmente se posee sobre la organización interna de los asentamientos no faltan espacios en el interior de las viviendas excavadas dedicados a la molturación o al almacenaje de cereales o, en cualquier caso, de excedentes agrícolas. Quizá los ejemplos más relevantes en este sentido por cuanto se inscriben en complejos domésticos documentados en extensión los han proporcionado Botija, La Coraja, Los Castillejos de Fuente de Cantos y Capote.

Pero qué duda cabe que a estos factores agropecuarios hay que sumar el potencial férreo de algunas zonas del territorio extremeño, si bien se trata de un tipo de mineralización relativamente frecuente en toda esta zona. Aunque a veces se ha insinuado la explotación de cobre, oro y plata en algunos de estos castros, todo parece indicar que es el beneficio del hierro, documentado por vez primera en la necrópolis orientalizante de Medellín, el que más debieron buscar los pueblos prerromanos del Tajo y Guadiana Medios. Asimismo y a pesar de que en distinta medida la metalurgia del hierro está atestiguada en todos los poblados excavados hasta el momento, se nos antoja que el factor minero debió jugar un papel diferenciador entre las «poblaciones prerromanas extremeñas» en función de la mayor o menor densidad de los filones férricos en las áreas ocupadas. En este sentido y sin contar aún con una valoración arqueometalúrgica del espacio extremeño, a través del mapa minero de la región (AA.VV., 1987) podemos observar que la mayor concentración de minerales ricos en hierro se localiza en el área sur-suroeste de la provincia de Badajoz, espacio ligado tradicionalmente a la «Beturia Céltica». Aunque todavía no ha podido determinarse la explotación protohistórica de estos yacimientos, la proximidad entre estos filones metalíferos y la gran mayoría

de los castros de esta zona junto a los testimonios arqueológicos directos (escorias, picos, puntas de lanza, martillos, etc.) parecen indicar una cierta especialización de estos núcleos de población en la explotación y difusión del hierro. No obstante, es muy poco lo que conocemos aún sobre las técnicas de extracción, el procesamiento del mineral y su propia redistribución.

En buena lógica, los factores analizados hasta este momento (la relocalización de los asentamientos, las necesidades propias de los rebaños y la circulación controlada del hierro) provocaron una red de vías y caminos que, en su conjunto, no son ni más ni menos que el fiel reflejo de una concepción muy particular del espacio, la cual se ha mantenido parcialmente útil hasta época reciente a través de coyunturas sociopolíticas y culturales muy diversas. Cursos fluviales y corredores naturales configuran la base del entramado viario prerromano de «una región de mil caminos». Por otra parte, es lógico que «en un país de fronteras y de caminos, los ríos adquieran una particular relevancia» (Barrientos, 1985: 26). En el Valle Medio del Tajo y en lo que a esta época se refiere, mención particular merecen las rutas marcadas por los cauces del Alagón, Tiétar, Salor, Almonte-Tamuja y el propio Tajo, si bien éste último a pesar de su longitud, no parece tener una vocación caminera. Por su parte, en el Guadiana Medio, destacan los caminos fluviales determinados por las cuencas del Matachel, Ardila y Zújar. Respecto a las rutas terrestres, resultan de especial interés las que con un trazado N-SW ponen en contacto, a través de este territorio, la Meseta y Andalucía Occidental. En este grupo, en primer lugar, sobresale el camino que desde época anterior aprovechando la falla de Plasencia une el puerto de Béjar con el Guadiana a la altura del enclave de la Alcazaba de Badajoz. En segundo término, referir la ruta que desde el mismo puerto de Béjar recorre en sentido prácticamente N-S la zona centro de la actual región extremeña para enlazar con los poblados del Valle del Ardila. Con dichos caminos, que a menudo entrecruzan su tráfico con el de las rutas fluviales, se enhebra toda una trama de corredores naturales que pone en contacto el sector sureste de la provincia badajocense con el Valle del Guadalquivir. En su trazado irregular, estos caminos terrestres, al contrario de lo que sucederá en época romana, parecen buscar la protección de los promontorios y escarpes montañosos que sirvieron de base a los principales hábitats castreños y,

además, en relación con ellos hay que valorar la importancia de puertos y vados como los de Béjar, Tornavacas, Alconétar, Badajoz, Alange y Medellín, entre otros. Particularmente llamativo resulta la proximidad o integración parcial de algunas de estas rutas en la red de cañadas, cordeles y veredas que definió La Mesta (Klein, 1979; García Martín, 1991). En concreto, nos referimos a las coincidencias de trazado observadas con las cañadas Soriana Occidental y Occidental Leonesa en su unión con la de La Vizana o de la Plata. Lejos de caer en distorsionadas visiones de la realidad histórica o en improcedentes anacronismos, todo ello lo valoramos únicamente como una simple contribución para un mejor entendimiento de los seculares vínculos existentes entre nuestra actual región y la Meseta de los pueblos prerromanos, entre Extremadura y las coronas de Castilla y León. Pero obviamente, uno de los factores económicos que con mayor notabilidad ha marcado la historia de dichas relaciones ha sido la ganadería.

En resumen, todo parece indicar que el pastoreo y la explotación sistemática del hierro constituyeron los pilares básicos sobre los que se vertebró la estrategia económica desarrollada, a partir del Hierro II, por los pobladores de las cuencas medias del Tajo y Guadiana, si bien hemos de admitir que la diversidad comarcal de este amplio territorio y las propias tradiciones culturales introdujeron matices diferenciadores en este esquema general. Sea como fuere, lo cierto es que esta opción por la ganadería y la metalurgia del hierro frente a la agricultura supuso la sustitución del sistema económico orientalizante y, al mismo tiempo, la superación definitiva de las consecuencias negativas que para este espacio tuvo el agotamiento de Tartessos. Sin duda, el aspecto que hasta el momento refleja mejor este profundo cambio socioeconómico es la relocalización de los asentamientos. Dichos fundamentos económicos y el plan de ocupación del territorio al que ineludiblemente van asociados se mantuvieron casi inalterables hasta la llegada de los romanos y, lejos de sufrir un retroceso, en ciertas áreas llegaron prácticamente a institucionalizarse (Canto, e.p).

2.2. Las relaciones socioculturales y la geografía de los pueblos históricos

Si desde una perspectiva estrictamente económica aún resultaría excesivamente arriesgado plantear una valoración dispar de la Segunda Edad del Hierro en el

Tajo y Guadiana Medios o reconstruir un sistema de relaciones «interregionales», una consideración de estos datos combinada con las referencias literarias, los aspectos socioculturales y los elementos arqueológicos hasta el momento conocidos está permitiendo cada vez con mayor rigor delimitar los núcleos o círculos tradicionalmente distinguidos en esta zona: el vettón-lusitano, el céltico y el túrdulo-turdetano. Es evidente que la definición de dichas subáreas culturales no comporta la distinción de rígidas demarcaciones sino tan sólo espacios perfectamente interrelacionados pero con ítems diversos que se manifiestan con desigual intensidad en cada uno de ellos. Dicho de otro modo, estamos casi plenamente convencidos de la existencia de notables diferencias socioculturales interregionales que parecen estar en relación con una desigual entidad e intensidad del proceso de «celtización» que por estas fechas afecta a esta zona de la periferia turdetana. En nuestra opinión, las más sólidas referencias de todo ello continúan siendo la misma distinción que los autores clásicos hicieron, aunque ya en época romana, entre los habitantes de este extenso territorio. Es evidente que, de nuevo y quizá de un modo algo más acentuado que en etapas precedentes, este territorio se configura como zona de contacto y fusión de realidades culturales diversas que en su conjunto comportará la reinterpretación y reconducción del período anterior.

2.2.1. EL CÍRCULO VETTÓN-LUSITANO

Como es bien conocido, el actual espacio extremeño integrado en el área vettona se corresponde fundamentalmente con la provincia de Cáceres, si bien sus límites meridionales han de situarse en el propio cauce del Guadiana y el sector más occidental de la misma, según se desprende del testimonio de algunos autores clásicos, conoció también durante época romana en particular la presencia de lusitanos. Así, refiriéndose al Tajo y al Guadiana, Estrabón (III, 1, 6) comenta que: «Ambos [ríos] proceden de la parte de Levante; pero el primero, mucho mayor que el otro, corre derecho hacia Poniente, mientras que el Anas vuélvese hacia el Mediodía, formando así entre ambos una «mesopotamia», cuya población está integrada en su mayor parte por keltikoí y algunas tribus de lysitanoí, trasladadas por los romanos a la orilla opuesta del Tágos. En las zonas altas habitan los karpetanoí, oretanoí y ouéttones en gran número» (García y Bellido, 1945: 58). Por su parte, Plinio (IV,

116) refiere al tratar de Lusitania: «Sus gentes son los celtici, los turduli, junto al Tagus los vettones y desde el Anas hasta el Sacrum [Promontorium] los lusitani» (García y Bellido, 1947: 143). Pero, aparte de los datos ofrecidos por los textos (Roldán Hervás, 1968-69; Hernández y otros, 1989: 22-24; Sayas y López, 1991), especial mención en la consideración de dichos límites, merece la cartografía de hallazgos relacionados con las gentilidades y la escultura zoomorfa, máximos exponentes de la organización social y territorial del mundo vettón. En este sentido, podemos concretar, por un lado, el creciente número de restos epigráficos que van incrementado paulatinamente los testimonios de gentilidades y divinidades relacionadas con éstas en esta zona (Redondo Rodríguez, 1985) y, por otro, la veintena de «verracos» que, con una manifiesta gradación de hallazgos hacia el Oeste, salpican la actual provincia cacereña. Sobre éstas nada nuevo podemos añadir a lo dicho hasta ahora más que su plena relación con un sistema socioeconómico en el que la ganadería debió ocupar un lugar principal y, al mismo tiempo, definen todo un sistema ideológico-religioso (López Monteagudo, 1989; Álvarez Sanchís, 1990, etc.)

La implantación prerromana de los vettones en el Tajo Medio denota, sin descartar que ello pueda ser en parte el resultado de un conocimiento diferencial del territorio, una especial atracción por el control de los principales cursos fluviales y los mejores pastos de la zona. Los lugares elegidos preferentemente son escarpados promontorios cuya morfología está modelada de un modo particular por los encajados cursos fluviales del Salor, Tamuja, Almonte, Tiétar o el propio Tajo, que abren sus cauces en el sustrato pizarroso generando agresivas vertientes que reciben el nombre de «riberos». Sobre las cimas allanadas o las laderas de dichas elevaciones —que no son las de mayor altitud del entorno— y dominando un paisaje desnudo y hostil, de escasas posibilidades agrícolas pero de un enorme potencial ganadero, se sitúan estos asentamientos. Por lo general, se trata de grandes hábitats que superan en ocasiones las 4-5 Ha. de superficie máxima. Entre el medio centenar de núcleos localizados (González y Quijada, 1991: lám. XL), sobresalen por haber sido objeto de algún tipo de intervención arqueológica o análisis particular Botija (Hernández y otros, 1989), Aldeacentenera (Redondo y otros, 1991), Santiago del Campo (Salas y Esteban, 1988), el Castillejo de Alcántara (Ongil Valentín, 1988;

Esteban y otros, 1988), Sansueña (Sánchez Abal, 1979) y El Jardinero (Bueno y otros, 1988).

De dichos trabajos se desprende que la organización espacial de estos grandes hábitats se articula en una arquitectura militar más o menos compleja y una arquitectura doméstica muy desigualmente conocida hasta ahora. Aparte de la topografía accidentada, el sistema defensivo de estos enclaves gira esencialmente en torno a una doble línea amurallada que, adaptándose a las irregularidades del terreno, protegió a sus pobladores, y quizá también sus ganados, en épocas de asedio o especial inestabilidad. Junto a las murallas, a veces se detectan tramos de fosos, terraplenes y piedras hincadas que, siguiendo modelos claramente meseteños, complementan el potencial defensivo de estos castros. Por su parte, las viviendas en su distribución general parecen seguir un plan de ordenación a juzgar por la orientación uniforme de sus muros. Los tipos de casa mejor conocidos son los documentados en los poblados de Botija y Aldeacentenera. Básicamente, se trata de construcciones delimitadas por muros de piedra y adobe y una techumbre vegetal sujeta por vigas o postes de madera. A pesar de la reducida extensión excavada, del llamado «Recinto A» de Botija (Hernández y otros, 1989) se ha dado a conocer un conjunto de seis departamentos que presentan notables dificultades para integrarlos en una posible organización urbana del lugar. Aunque sin planimetría publicada, algo más definidas parecen resultar las informaciones procedentes de dos viviendas completas recuperadas en Aldeacentenera (Redondo y otros, 1991: 276): «Del análisis de las estructuras excavadas, se desprende que las cabañas poseen una planta rectangular —8 x 3 m. aproximadamente— sin divisiones interiores y un anexo, adosado a uno de los laterales largos del rectángulo, de una anchura que no sobrepasa el metro y medio». Ocasionalmente, se han documentado revestimientos externos de pizarra o zócalos interiores de arcilla blancuzca que han sido interpretados como signos de una cierta relevancia de estas viviendas. En ambos poblados, los suelos de las casas no suelen entrañar grandes dificultades técnicas: a la explanación del lugar sucede preferentemente una capa de tierra apelmazada, a veces endurecida por el fuego. Asimismo, los hogares resultan tremendamente simples al estar configurados bien sobre una laja de pizarra o bien por capas alternas de arcilla y fragmentos cerámicos, delimitados por piedras de distinto tamaño. Entre los restos muebles recuperados del interior de las

VALORACIÓN PORCENTUAL DE LAS TUMBAS DE LA NECRÓPOLIS DE «EL ROMAZAL» (BOTIJA)

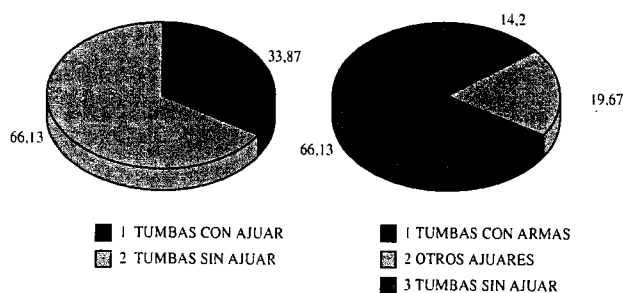


Gráfico 2. Valores porcentuales según datos de la Dra. Hernández (e.p.)

estancias excavadas en Botija destaca, aparte de los datos faunísticos ya comentados anteriormente, un conjunto de útiles metálicos de trabajo, compuesto por tres podaderas, una cuchilla o «chaira» y otras piezas incompletas, cuyo estudio funcional los relacionan con tareas diversas de desmonte y siega de forrajes para el ganado (Hernández y otros, 1986–87 y 1989). A éstos habría que añadir los restos de escorias y moldes de fundición de hierro que ponen de manifiesto una actividad metalúrgica a pequeña escala desarrollada en estos espacios esencialmente domésticos.

Las necrópolis vettonas del Valle Medio del Tajo más destacables son las del Cardenillo y Los Pajares —comarca de La Vera— (González y otros, 1990), Alcántara (Esteban y otros, 1988) y las necrópolis en fase de excavación pero escasamente divulgadas de Botija (Hernández Hernández, 1991) y Aldeacentenera (Redondo Rodríguez, 1987). Todas ellas se localizan, salvo casos excepcionales, en las proximidades de los castros, a una distancia media de 200–300 m. desde la que perfectamente se da un contacto visual entre ambos puntos. El rito funerario está basado de forma casi exclusiva en la cremación secundaria de los cadáveres. Ésta debió realizarse en *ustrinum* y, una vez concluida, los restos se introdujeron en vasijas de barro o un simple agujero que también acogió el ajuar en aquellos casos que existe. Finalmente, todo ello se cubrió con una laja de pizarra o, en el mejor de los casos tal como ocurre en la necrópolis del Mercadillo asociada al poblado de Botija, con encachados tumulares de planta regular y proporciones variables.

Por otra parte, resulta un hecho común que la organización interna de estos espacios funerarios se articule en sectores configurados por un número impreciso

de tumbas, separados entre sí por espacios o zonas estériles. Como sucede en el ámbito de Las Cogotas (Cabré Aguiló, 1932; Cabré y otros, 1950; Fernández Gómez, 1986), dichas concentraciones podrían constituir un fiel reflejo del tipo de organización gentilicia que, según otros testimonios (Redondo Rodríguez, 1985), definió la estructura social de estas gentes (Albertos Firmat, 1975; Salinas de Frías, 1986; González Rodríguez, 1986, etc.). Así parecen confirmarlo también los primeros estudios paleoantropológicos realizados en otra de las necrópolis de Botija (El Mercadillo) al detectar signos evidentes de parentesco entre algunas de las tumbas excavadas recientemente (Hernández Hernández, 1991). De cualquier forma, todo parece indicar que se trata de grupos escasamente diferenciados entre sí, en los que destacan muy discretamente ciertos individuos enterrados con algunas armas o piezas de caballería. La proporción de éstos, que parecen representar la élite de carácter guerrero controladora de la vida socioeconómica de la población, supera ligeramente el 10 por 100 (Hernández Hernández, 1991), dato que parece estar más en consonancia con los resultados obtenidos en el Valle Alto del Duero (García-Soto, 1990; Lorrio Alvarado, 1990) que con los extraídos en el área nuclear de Las Cogotas (Kurtz Schaefer, 1987; Martín Valls, 1985 y 1986-87). Aunque aún es pronto para extraer consideraciones sólidas de estas primeras informaciones, que, además, han de ser pormenorizadas a través de múltiples aspectos correctores, todo ello se nos antoja especialmente sugerente por lo que pueda aportar al estudio de las relaciones del núcleo vettón con las áreas vecinas y, más concretamente, en la vertiente de las formas de contacto desarrolladas entre la Meseta de los pueblos prerromanos y el Tajo Medio. En suma, tratar de concretar aún más el verdadero carácter de la proyección y "celtización" de nuestra región (Gráf. 2).

En este último sentido, poblados y necrópolis vienen proporcionando desde hace tiempo argumentos arqueológicos lo suficientemente expresivos para plantear de forma abierta las grandes semejanzas culturales existentes entre esta zona y el círculo cogoteño, con los matices diferenciadores que confiere la presencia de elementos de clara filiación turdetana e ibérica. Perfiles y decoraciones cerámicas diversas, armas y objetos de adorno subrayan permanentemente el carácter abierto y receptivo, característico de un espacio de frontera como el que nos ocupa. En lo que

a la tecnología cerámica se refiere, particular interés ofrecen los hallazgos cerámicos a mano o a torno con decoración «a peine» y estampillados que reproducen tanto tipológica como estilísticamente las principales formas y motivos decorativos establecidos en los conjuntos de las Cogotas y Chamartín de la Sierra y posteriormente documentados en gran parte de la Meseta Norte (Hernández Hernández, 1981; García-Soto y De la Rosa, 1990; Martín Valls, 1985; Fernández Gómez, 1986, etc.) Por su parte, las cerámicas pintadas muestran sobre pastas de gran calidad técnica el repertorio decorativo habitual de los conjuntos vasculares del sur peninsular: bandas de diferente grosor, círculos y semicírculos concéntricos, aguas, etc. Una valoración global de perfiles y motivos decorativos de esta especie cerámica vincula fundamentalmente esta producción al mundo turdetano del Bajo Guadalquivir (Escacena Carrasco, 1986), si bien la presencia de ciertas formas y decoraciones emblemáticas del Mundo Ibérico apuntan hacia relaciones puntuales con Andalucía Oriental y Levante (Rivero de la Higuera, 1974; Cabello Caja, 1992). Otras especies cerámicas como las grises y toscas, apenas son referidas en los trabajos publicados hasta el momento sobre estos asentamientos. Un complemento importante al estudio de las relaciones culturales dominantes en la Cuenca Media del Tajo durante el Hierro II lo constituyen las armas y objetos de adorno exhumados durante los últimos años en los poblados y necrópolis de esta zona. A través de dichos elementos, se observan las mismas pautas culturales que se infieren del análisis de las cerámicas. Así, por un lado, destaca el signo meseteño que evidencian las espadas de antenas atrofiadas (tipos Aguilar de Anguita y Alcácer do Sal), de La Tène, de frontón y puñales biglobulares, acompañados por restos de escudos, arreos de caballos u otras piezas menores, que en su conjunto encajarían perfectamente en cualquier ajuar de los considerados de guerrero de las necrópolis del ámbito de Cogotas II o del mundo celtibérico (Schüle, 1969; Lorrio Alvarado, 1994). Pero, por otra parte y como prueba de la fluidez de relaciones entre el Valle Medio del Tajo y la periferia peninsular, consideramos el hallazgo de dos falcatas y un *soliferreum* en la necrópolis de Aldeacentenera y otras dos procedentes del norte de la provincia, depositadas en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz y publicadas hace ya algún tiempo por Enríquez Navascués (1981). Como únicas resonancias

de la tradición orientalizante, destacan algunas joyas áureas entre las que sobresalen varias arracadas procedentes de Aldeacentenera y Botija, todas ellas inéditas. Por último, entre los productos importados, hemos de referir la presencia de contados fragmentos áticos en algunas sepulturas de la necrópolis de Alcántara y el poblado de Botija. Más frecuentes son los productos republicanos, que nos marcan en la mayor parte de los casos los momentos finales de la ocupación de los castros y necrópolis del Tajo Medio. Unos momentos que, por otro lado, conocieron con especial intensidad un episodio transcendental en la vida de estas comunidades: el conflicto lusitano. No obstante, algunos de estos hábitats estuvieron ocupados de forma ininterrumpida hasta época altoimperial.

2.2.2. EL CÍRCULO CÉLTICO

Este segundo núcleo cultural perceptible en la zona objeto de estudio se centra en la mitad occidental de la actual provincia de Badajoz y se encuentra plenamente integrado en la denominada «Beturia Céltica». Ésta como es bien conocido, se sitúa entre el Guadiana y la serranía onubense, si bien existen claras prolongaciones culturales hacia el Alentejo portugués e incluso las fuentes señalan la controvertida existencia de célticos en plena zona turdetana (García Iglesias, 1971; Maia, 1985; Pérez Macías, 1990; Berrocal, 1989b). En principio, es Plinio (III, 13-14) quien refiere que «la comarca que se extiende más allá de la que limita el Baetis (...), y que llega hasta el Anas, se llama Baeturia y se divide en dos partes y en otras tantas gentes: los celtici, que lindan con la Lusitania y que pertenecen al Conventus Hispalensis, y los turduli, que limitan con la Lusitania y la Tarraconense, pero que dependen de la jurisdicción de Corduba. Los celtici venidos de la Lusitania son oriundos de los celtiberi, y ello se manifiesta por los ritos religiosos, por la lengua y los nombres de los "oppida", que en la Baetica se distinguen por sus cognombres: Seria, llamada Fama Iulia; Nertóbriga, dicha Concordia Iulia; Contributa, cognominada Iulia Ugultunia, ahora también Curiga; Lacimurga, llamada Constantia Iulia (...)» (García y Bellido, 1947: 127). En nuestra opinión, esta zona debió constituir durante este período un espacio de proyección económica de primer orden y en consecuencia un foco de atracción para las poblaciones tradicionales del Guadiana Medio en general. Todo ello, a nuestro juicio, podría justificar en buena medida la coexistencia de elemen-

tos materiales de tan diversa filiación en estos castros, como tendremos ocasión de comprobar más adelante. En este sentido, quizá fuera oportuno recordar que Estrabón (III, 2, 15), al describir las relaciones entre los «nuevos celtas» y los «turdetanos primitivos», subraya el enorme beneficio cultural y económico que tanto para uno como para otros tuvieron dichos contactos: «Tienen los toudetanoi, además de una tierra rica, costumbres dulces y cultivadas, debidas a su vecindad con los keltikoí, o como ha dicho Polybios, a su parentesco...» (García y Bellido, 1945: 106).

Una primera aproximación al poblamiento prerromano del sector occidental del Valle Medio del Guadiana revela una estrecha relación con el control de un frondoso paisaje de dehesa, los ríos Ardila, Alcarrache o el propio Guadiana y, sobre todo, con la explotación de los principales filones férricos del suroeste badajocense. Como quedó dicho con anterioridad, desde el punto de vista arqueológico son ya muchos y diversos los elementos relacionados con una intensa actividad metalúrgica los que subrayan la conexión entre los principales focos mineros de esta zona y los poblados excavados hasta el momento. Éstos son la Sierra de la Martela de Segura de León (Enríquez y Rodríguez, 1988), Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández y otros, 1988), la Alcazaba de Badajoz (Valdés Fernández, 1979), la Ermita de Belén de Zafra (Rodríguez Díaz, 1991a), Capote de Higuera la Real (Berrocal Rangel, 1988 y 1991) y ya en territorio portugués el castro de Segovia (Júdice Gamito, 1981).

Dichos poblados se sitúan en lugares relativamente elevados y de perfil amesetado, cuyo desarrollo urbano y sistemas de defensa generan núcleos de población poco extensos que giran en torno a 1 ó 3 Ha. de superficie máxima. Tal como sucede en el Tajo Medio, las construcciones defensivas mejor representadas son las murallas, que con un trazado irregular y en número de dos o tres protegen los flancos más vulnerables de estos poblados. En algunos casos concretos, se ha podido determinar que la estructura de dichos recintos se compone indistintamente de un doble paramento con relleno interior o un potente muro ataludado y aparejo careado al exterior. También de forma muy puntual se conoce la existencia de fosos, terraplenes y piedras hincadas que complementan el potencial defensivo de estos recintos amurallados.

La organización del espacio habitable de estos asentamientos, a juzgar por la orientación uniforme de los muros pertenecientes a las construcciones domésticas conocidas, parece obedecer a un plan organizado. Aparte de las grandes estancias rectangulares alargadas documentadas hace ya algún tiempo en Los Castillejos de Fuente de Cantos (Rodríguez Díaz, 1989) o el basurero intramuros documentado en la Ermita de Belén (Rodríguez Díaz, 1991a), sin duda el caso mejor conocido hasta ahora es el del Castrejón de Capote. Recientemente, ha sido dado a conocer un sector de este extenso poblado en el que a partir de una «calle central» se delimitan dos manzanas de viviendas configuradas por estancias rectangulares de dimensiones variables. En algunas de ellas, se aprecia la existencia de bancos corridos, hogares de arcilla y pies de postes como principales elementos de arquitectura doméstica. Entre dichos ambientes, se encuentra la denominada por su excavador «Santuario o Altar A» en función del gran volumen cerámico amortizado en todo su interior y sobre un pequeño poyete central junto a restos óseos, cenizas y diversos objetos metálicos (Berrocal Rangel, 1989b). Sin entrar en la valoración concreta de este espectacular y sugerente hallazgo, especial interés ofrece, por cuanto pueda reportar igualmente al estudio de la identidad cultural de esta zona, la planimetría general de estas estructuras de habitación que, en su conjunto y a través de sus distintas fases, muestra, como el propio autor ha señalado, evidentes semejanzas con los poblados protohistóricos del Valle del Ebro (Ruiz Zapatero, 1985; Blasco Bosqued, 1987; Burillo Mozota, 1989).

Entre los restos materiales integrados en las construcciones domésticas de estos poblados célticos, mención especial merecen, aparte de los que nos informan del desarrollo de actividades agropecuarias, ciertas estructuras que si, en su totalidad, no deben considerarse como verdaderos hornos sí al menos están relacionadas directamente con la manipulación del mineral. En este sentido, los mejores ejemplos los han proporcionado diversos hoyos de poco más de 30 cm. de diámetro, excavados en la roca y completamente colmatados de cenizas y escorias de fundición de hierro, documentados hace ya algunos años en el poblado de Los Castillejos de Fuente de Cantos (Rodríguez Díaz, 1989). Más recientemente, fue dado a conocer un pequeño espacio-taller o fragua aparecido en el referido yacimiento de la Ermita de Belén en

el que el elemento más definidor era una pequeña estructura de adobe, de algo más de 1 m. de longitud e igualmente repleta de escorias y cenizas. En función del contexto y entidad de estas manifestaciones arqueológicas, desde siempre hemos valorado estos hallazgos como pruebas de una actividad metalúrgica de carácter familiar integrada en una producción a mayor escala, de la que dan muestra otro tipo de testimonios.

Mucha menor información poseemos sobre las necrópolis célticas del Valle del Guadiana. Aunque en los últimos años trabajos de campo diversos están permitiendo localizar numerosos hallazgos posiblemente relacionados con espacios funerarios, todavía ninguno de ellos ha sido objeto de excavación. Entre dichos descubrimientos, destaca el del Cantamento de la Pepina, en plena cuenca del Ardila y dentro del término municipal de Fregenal de la Sierra (Rodríguez y Berrocal, 1988; Berrocal, 1990). De un lugar muy próximo al poblado y tras la actuación reiterada de varios clandestinos, recogimos abundante material cerámico decorado asociado a primera vista a lentejones de cenizas, restos óseos indeterminados y desdibujados empedrados tumulares. En su conjunto, todos estos elementos parecen estar en clara relación con los recuperados en torno a los años 50 por A. Viana y A. Dias (1950) en las denominadas por ellos mismos «necrópolis céltico-romanas» del concejo de Elvas, donde —como se recordará— en el lugar de Herdade de Chaminé dichos autores refieren la existencia de estructuras tumulares de planta diversa junto a sepulturas en hoyo entre cuyo ajuar destacan numerosas vasijas cerámicas modeladas y una espada de antenas atrofiadas. Aunque con un signo cultural diferente, también de un contexto funerario proceden los restos cerámicos recientemente recuperados por algunos aficionados en los alrededores de Lobón. Concretamente se trata de una urna y un plato con decoración pintada que contenía numerosos restos cremados que afortunadamente pudieron recuperarse y que en la actualidad están en estudio.

Una vez más los restos materiales exhumados de los distintos asentamientos célticos bajoextremeños revelan la coexistencia de elementos meseteños y meridionales que se conjugan con los de clara tradición orientalizante. No obstante, dentro de este panorama cultural general los hallazgos de este sector occidental del Valle Medio del Guadiana muestran una serie de particularismos que la diferencian del núcleo vettón. En este sentido, especial protagonismo tiene el nutrido grupo de cerámicas modeladas, lisas o

decoradas con motivos inciso-impresos, aplicados y estampillados que, en su conjunto, parecen estar configurándose como una de las singularidades tecnológicas de este área. Sin infravalorar los resabios cogoteños de estos materiales que encuentran su mejor representación en los poblados de Belén y Capote y en el posible conjunto funerario de Fregenal de la Sierra, sus paralelismos morfológicos y decorativos más próximos nos llevan al sur de Portugal, y más concretamente al depósito votivo de Garvao (Beirao y otros, 1985) inscrito en el llamado *Ferro II Continental* coetáneo de Cogotas II. Se trata de materiales que carecen de antecedentes inmediatos en nuestra región y, en general en el Suroeste, pero que, sin embargo, derivan de las principales tradiciones cerámicas de la Meseta y del Valle del Ebro que se revitalizaron con especial fuerza y entidad durante el Hierro II en el Alto y Medio Duero (Wattenberg, 1963: láms. III-V; Abásolo y otros, 1983; Barrio Martín, 1988: 402; Sacristán, 1986, Castiella Rodríguez, 1977, etc.) La posibilidad de contactos entre zonas tan alejadas entre sí, a la luz de los testimonios escritos, no resulta totalmente descabellada y no hace más que fortalecer la hipótesis de una procedencia diversa de los pueblos «celtíberos» que, aprovechando el fin de la supremacía tartésica, se proyectaron a partir del 400 a.C. hacia el Sur dando origen y desarrollo a la ya referida «Beturia» (Plinio, N.H. III, 13). Sin embargo, la continuidad y fluidez de las relaciones entre esta zona y el sur peninsular se confirman través de especies cerámicas como la decorada con motivos geométricos pintados (Escacena Carrasco, 1986) y de barniz rojo tardío (Cuadrado Díaz, 1969 y 1987), que, en mayor o menor medida, siempre forman parte de los conjuntos vasculares de estos poblados. Aunque de forma esporádica, los contactos con el Mundo Ibérico también se constatan a través de hallazgos de piezas metálicas de armamento o de uso convencional, como la falcata y cuchillos procedentes del castro de Capote (Berrocal Rangel, 1989b). Por su parte el pasado orientalizante también queda especialmente plasmado en la continuidad de la cerámica gris, ahora decorada en ocasiones con motivos estampillados, pero sobre todo es en la orfebrería donde mejor se aprecian esos vínculos con la tradición. Aunque mostrando ya una iconografía de clara raigambre céltica, la mejor expresión de todo ello se concreta en los convencionalismos técnicos orientalizantes que definen las placas áureas de Segura de León (Enríquez y Rodríguez, 1985; Be-

rrocal Rangel, 1989a) (Fig. 2). En su conjunto, todos ellos constituyen signos evidentes de fuertes imbricaciones culturales que posiblemente haya que relacionar con el replanteamiento económico y demográfico que, tras el fin de Tartessos, conllevó la aparición de estos nuevos asentamientos.

En líneas generales, éste fue el panorama socioeconómico y cultural que los romanos se encontraron a su llegada a esta zona del actual territorio extremeño en el siglo II a.C. Durante casi de dos siglos éstos aprovecharon el plan de ocupación del territorio y el modelo socioeconómico desarrollado por los indígenas. De este modo, la mayor parte de estos poblados, tras los conflictos del primer momento, continuaron y potenciaron su estructura socioeconómica, que siguió estando basada en la metalurgia del hierro y en la ganadería ovicaprina y bovina. No sería hasta bien entrado el siglo I de la Era cuando, en el sobradamente conocido y renovado marco de relaciones sociopolíticas que define esta etapa, comenzó la profunda renovación del sistema económico tradicional y la mayor parte de estos asentamientos se abandonó de un modo definitivo para emprender una sistemática explotación de los feraces llanos y terrenos aluviales de este entorno. Pero paralelamente, las fundaciones republicanas o tardorrepublicanas —entre las que se encuentran la mayor parte de los «oppida» referidos en los textos— capitalizarían el nuevo orden territorial y demográfico impuesto por los romanos; un orden que a finales del siglo I de la Era ya había diluido por completo las señas de identidad indígena.

2.2.3. EL CÍRCULO TÚRDULO-TURDETANO

Fue Polibio quien en los límites más septentrionales de la Turdetania situó a los «túrdulos» cuyas diferencias con los «turdetanos» Estrabón (III, 1, 6) nunca llegó a distinguir: «Dicha región se llama Baitiké, del nombre del río, y Tourdetanía, del nombre del pueblo que la habita; a estos habitantes llámaseles tourdetanoí y torudoúloi, que unos creen son los mismos; mas según otros, dos pueblos distintos. Polybios está entre éstos últimos, pues dice que los tourdetanoí tenían como vecinos por su Norte a los tourdoúloi. Hoy día no se aprecia ninguna diferencia entre ambos pueblos» (García y Bellido, 1945: 60). Aunque desde el punto de vista lingüístico estas diferencias se valoran actualmente como una simple adecuación léxica (García Moreno, 1989: 290), tampoco descartamos la posible existencia de diferencias etnoculturales entre

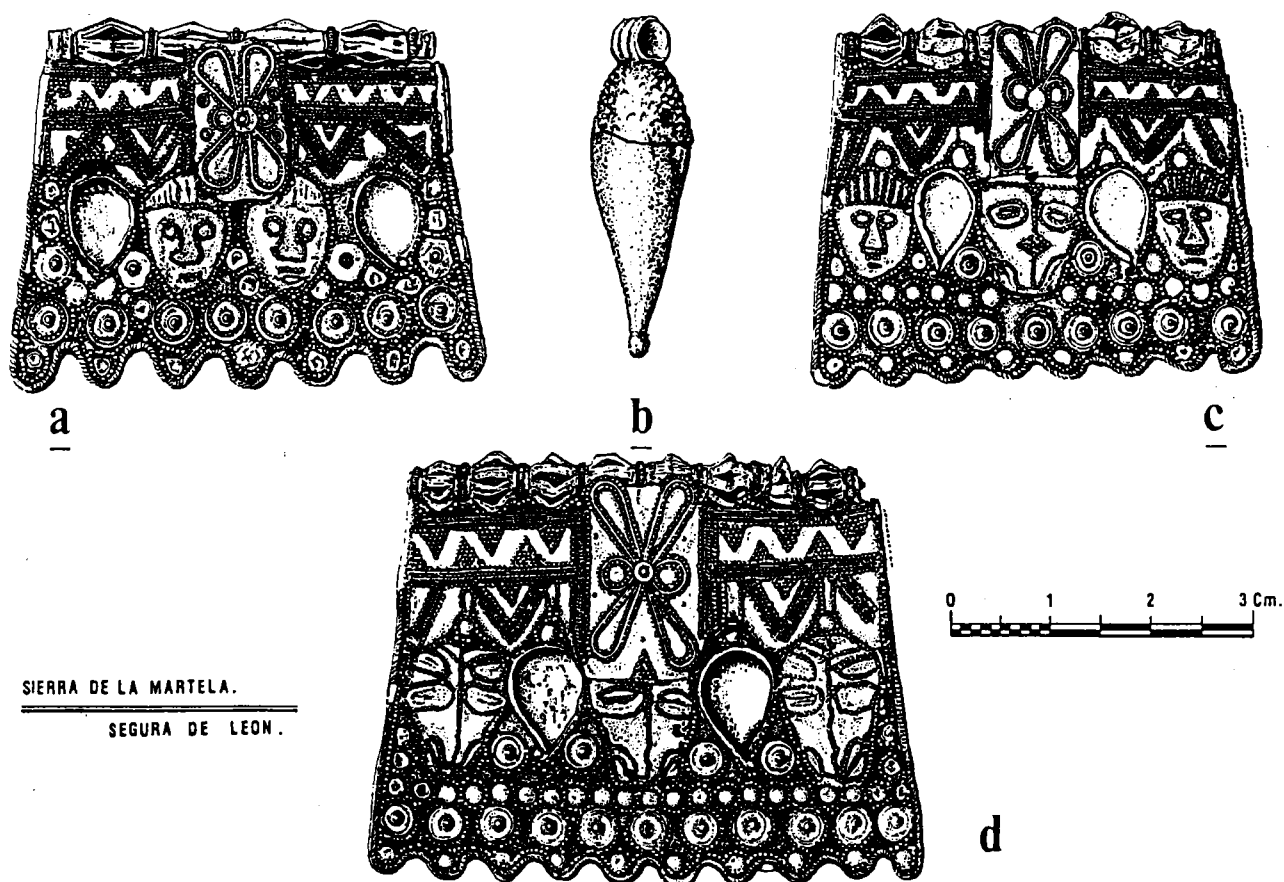


Figura 2. Placas áureas procedentes de la Sierra de la Martela (Badajoz), según Berrocal Rangel (1989a).

el centro y la periferia turdetana en virtud de la tan referida interacción de elementos de tan diverso signo que se dan cita en la Cuenca Media del Guadiana durante este período. La zona descrita en las fuentes, identificada también como «Beturia Túrdula», coincide a grandes rasgos con la mitad oriental de la actual de la provincia de Badajoz. En este sector de la Beturia, perteneciente al Conventus Cordubensis, Plinio (III, 15) menciona una serie de «oppida» no sin fama: Arsa, Mellaria, Miróbriga, Regina, Sosingi, Sisapon» (García y Bellido, 1947: 128), muchos de los cuales han sido plenamente identificados. En líneas generales, se trata de una región con una vocación preferentemente ganadera y con un potencial en plomo argentífero muy considerable, pero en la que comenzamos a intuir y valorar las enormes secuelas que dejó atrás el fin de Tartessos.

Ambos aspectos, pastos y plomo, debieron constituir, sin duda, factores principales de localización en la ocupación sucesiva de esta zona por parte de túrdulos y romanos. Pero quizá el aspecto más determinante en la elección del asentamiento fue el secular inte-

rés por el control de las rutas naturales que definen los valles del Zújar-Guadiana y Matachel y sus correspondientes vados, sobre los que se advierten las mayores concentraciones demográficas. El poblamiento túrdulo o prerromano conocido hasta el momento se concreta en poblados de extensión variable (desde 0,5 hasta 7 Ha.), situados en la mayor parte de los casos sobre elevaciones aisladas, próximas a un río o arroyo de caudal permanente, desde las cuales se domina con amplitud el entorno circundante. Son lugares fácilmente defendibles, de perfil amesetado, de cuya estructura defensiva se reconocen en superficie dos o tres recintos amurallados. Las viviendas de estos asentamientos prácticamente nos son desconocidas, salvo la constación de sus trazados regulares y organizados dentro del recinto, donde en ocasiones también se advierte la presencia de grandes aljibes excavados en la roca. Como rasgo destacable, señalar la existencia de pequeños peñones fortificados y posibles caseríos agrícolas localizados en las proximidades de los enclaves de mayor entidad. Entrerríos (Almagro y Lorrio, 1986), Magacela, El Casarón de

La Coronada, Los Vadillos de Esparragosa de Lares, Las Poyatas de Zarza Capilla, Tabla de las Cañas (Domínguez y García, 1991), Peñón del Pez (Vaquerizo Gil, 1986), Las Dehesillas (Rodríguez e Iñesta, 1984) y el Castillo de Alange (Enríquez Navascués, 1988) constituyen quizá los ejemplos más relevantes de este sector oriental del Guadiana Medio, posiblemente a su vez una de las zonas más fácilmente accesibles desde Andalucía Occidental o la Meseta Sur.

Si desconocidos resultan aún los diversos asentamientos túrdulos detectados hasta el momento, mucho más aún lo son sus necrópolis. A pesar de que se conocen varios puntos relacionables con espacios funerarios (Los Vadillos y Peñón del Pez), sólo uno está siendo excavado sistemáticamente: la necrópolis de Hornachuelos (Rodríguez Díaz, 1991b). Aunque su cronología básicamente es republicana, dicho conjunto muestra una serie de aspectos que permiten aproximarnos al conocimiento de los comportamientos funerarios tradicionales de este ámbito. Concretamente, se trata de una necrópolis en la que domina la cremación de los cadáveres, si bien el rasgo más relevante es la definición de diversos círculos funerarios en torno a grandes construcciones tumulares de planta rectangular, cuadrada o circular. Los tipos de tumbas establecidos hasta el momento son tres: en hoyo, «in situ» y en urna, que son los más abundantes (Fig. 3). En suma, todo parece indicar que la distribución espacial de este lugar podría constituir el reflejo de ciertas formas de organización suprafamiliar de las comunidades indígenas que ocuparon este sector del Valle Medio del Guadiana antes de la llegada de los romanos. Pero dada la ausencia de necrópolis en la Turdetania (Escacena Carrasco, 1989), estos hallazgos bajoextremeños plantean serios problemas interpretativos. La solución de éstos pasa de forma obligada por la observación de dos cuestiones: 1) la valoración del pasado cultural y sus pervivencias posibles; y 2) el análisis de las interrelaciones culturales que caracterizan el Hierro II en este espacio geográfico. Sin ignorar en ningún momento las posibles perduraciones orientalizantes (Almagro Gorbea, 1977; Alves Dias y otros, 1970; Beirao, 1986, etc.), aspectos como el de la propia organización espacial, la tipología tumular y los ajuares recuperados en esta necrópolis, nos inclinan a vincular más su existencia y filiación cultural con el carácter fronterizo y abierto de este sector del Guadiana Medio, al que por distintos caminos llegan influjos meseteños, meridionales e incluso

ibéricos (Rodríguez Díaz, 1989; Rodríguez y Enríquez, 1992).

Los restos materiales recuperados en los poblados y necrópolis de esta zona no hacen más que subrayar toda esta serie de consideraciones. Sin faltar la cerámica modelada, la producción vascular mayoritaria es la que definimos como «a torno y oxidante», cuyo aspecto exterior oscila entre el anaranjado y el rojo oscuro. Las formas más habituales se corresponden con vasijas de gran tamaño y formas de medianas proporciones de larga tradición orientalizante. En su mayoría, son recipientes que carecen de decoración, si bien en porcentaje variable según la cronología de los yacimientos muestran indistintamente estampillados de clara filiación cogoteña o los geometrismos pintados tan definidores del mundo turdetano. Por otra parte, la presencia creciente de perfiles típicamente ibéricos y hallazgos de barniz rojo tardío en ese área parecen confirmar la existencia de contactos puntuales entre el Valle Medio del Guadiana y el Sureste peninsular. Dichas relaciones, según se desprende de la presencia en algunos yacimientos bajoextremeños de cerámicas jaspeadas, típicas del área toledana (Domínguez y García, 1991), y otras que combinan la decoración pintada y la estampillada (Rodríguez Díaz, 1989), muy bien podrían haberse desarrollado a través de la Meseta Sur (Almagro Gorbea, 1976-78). La cerámica gris mantiene en líneas generales su buena calidad técnica, aunque su repertorio formal dista bastante de los perfiles que siglos antes se produjeron en este mismo territorio (Lorrio Alvarado, 1988-89). Pero, dentro de la consideración de las tradiciones tecnológicas orientalizantes de esta zona, es una vez más la orfebrería la que, a través de pequeñas arracadas y otros objetos de adorno que dignifican de una forma mesurada los ajuares de algunas tumbas, constituye la mejor expresión del declive y la reinterpretación del pasado inmediato de esta región. En función de todo ello, es por lo que actualmente apostamos por una diferenciación etnocultural de lo «túrdulo» frente a lo «turdetano», cuya esencia y entidad parecen residir en la interacción de elementos de raigambre orientalizante, cogoteños, turdetanos e incluso neopúnicos como recientemente ha propuesto M. P. García y Bellido (1991) al valorar la leyenda púnica de algunos restos numismáticos documentados en esta zona; interacción surgida justamente en los límites territoriales comunes de La Meseta y del Guadalquivir.

Pero si interés muestra a primera vista la estructura general del poblamiento y el mundo funerario túrdulo,



Figura 3. Planta-croquis de la necrópolis de Hornachuelos (Ribera del Freno, Badajoz).

mucho más sugerente y definidor para este espacio nos resulta su evolución a raíz del contacto con los romanos. Aparte de la reocupación de estos núcleos de población, mención especial merece el surgimiento de una tupida red de fortificaciones y recintos ciclópeos de diverso tipo que sólo en la comarca de la Serena superan el medio centenar (Ortiz Romero, 1989 y 1991; Rodríguez y Ortiz, 1986). La estructura de dichas construcciones suele corresponderse con una planta más o menos regular, cuadrada o rectangular, con uno o varios recintos concéntricos, todos ellos levantados con grandes sillares o bloques ciclópeos unidos a seco o encajados con ripios. En función de su ubicación topográfica, se han diferenciado aquellos recintos de altura o fortificaciones, que dominan amplias zonas o pasos desde la cima de escarpadas elevaciones, de aquellas otras construcciones del llano denominadas «torres». Ambos tipos, fortificaciones y torres trazan una muy bien definida línea con dirección NW-SE, cuyos extremos se sitúan en los vados de Medellín y la zona de tránsito hacia la comarca cordobesa de Los Pedroches.

A medida que se ha ido avanzando en el estudio de estas construcciones, se han podido ir concretando

muchos aspectos relacionados con su función, filiación y cronología (Rodríguez y Ortiz, 1990). En este sentido, comienzan a plantearse como hipótesis de trabajo una función preferentemente militar de dichos recintos y la probable configuración de un posible limes ligado a los conflictos bélicos de época republicana. Igualmente no hemos de desdeñar su posible relación con el control y explotación del potencial metalogénico de esta comarca (plomo argentífero), cuya explotación se inicia al parecer en esta misma época en conexión con la puesta en valor de otras zonas metalíferas próximas como son Azuaga (Domergue, 1970) y el noroeste de Córdoba (Domergue, 1985 y 1987). Por tanto, resulta más que evidente que este sector del Guadiana Medio vuelve en este período de su historia a recuperar, por un lado, el protagonismo perdido tras el esplendor tartésico en favor del ámbito céltico y, por otro, su carácter de frontera pero con la entidad que ahora le confieren la diversidad tipológica y distribución de estas ya numerosas fortificaciones ciclópeas. De forma paralela, la política romana de nuevos asentamientos —entre los que se encuentran Miróbriga, Lacimurga o los restantes “oppida” no sin fama de este sector de la Beturia—

alcanzaría un papel relevante en esta nueva etapa. Una etapa que, con la fundación de Mérida como exponente máximo, conllevó el nuevo orden socio-económico, político y cultural que supuso la disolución definitiva de una tradición milenaria.

ALONSO RODRÍGUEZ DÍAZ
Área de Arqueología-Prehistoria, Dpto. de Historia
Facultad de Filosofía y Letras, Univ. de Extremadura
10004 Cáceres

AGRADECIMIENTOS

Muchos de los aspectos recogidos en el presente trabajo son el fruto de la discusión, siempre provechosa, con amigos tan entrañables como Milagro Gil-Mascarell, Pablo Ortiz, Juan-Javier Enríquez, Sebastián Celestino, Ignacio Pavón, Rafi Cabello o Ana Hernández. A todos ellos mi gratitud por sus opiniones y sugerencias.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV.; 1987: *La minería en Extremadura*. Mérida.
- AA. VV.; 1989: *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13. Teruel.
- ABASOLO ÁLVAREZ, J.A.; RUIZ, y PÉREZ, F.; 1983: Castrojeriz, I. El vertedero de la Colegiata. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 17, pp. 91-319.
- ALBERTOS FIRMAT, M.L.; 1975: Organizaciones suprafamiliares en la Hispania Antigua. *Studia Archaeologica*, 37.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1973: Los Campos de Túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica. *Excavaciones Arqueológicas en España*, 83. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1976-78: La iberización de las zonas orientales de la Meseta Sur. *Ampurias*, 38-40, pp. 93-156.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1977: El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. *BPH.*, XIV. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1983: Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Ibérica. *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*. Pise-Rome. , pp. 429-461.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1989: Arqueología e Historia Antigua. El proceso protoorientalizante y el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante mediterráneo. *Gerión. Anejos, II. Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al Pfr. Santiago Montero Díaz*, pp. 277-288.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1990a: El Período Orientalizante en Extremadura. *La Cultura Tartésica en Extremadura*. Mérida.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1990b: Segunda Edad del Hierro. La celtización de la Península Ibérica. *Historia de España, I. Ed. Planeta*. Madrid, pp. 554-562.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1991a: La necrópolis de Medellín. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II, pp. 159-173.
- ALMAGRO GORBEA, M.; 1991b: La alimentación en el palacio orientalizante de Cancho Roano. *Gerión. Anejos III. Estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich*, pp. 95-114.
- ALMAGRO GORBEA, M. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A.; 1988-89: El Palacio de Cancho Roano: paralelos arquitectónicos y funcionales. *Zephyrus*, XLI-XLII.
- ALMAGRO GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. y LÓPEZ AMBITE, F.; 1990: Cancho Roano, un palacio orientalizante en la Península Ibérica. *Madrider Mitteilungen*, 31.
- ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO ALVARADO, L.A.; 1986: El castro de Entrerriós (Badajoz). *Rev. de Estudios Extremeños*, XLII-III, pp. 617-631.
- ALMAGRO GORBEA, M. y LORRIO ALVARADO, L.A.; 1987: La expansión céltica en la Península Ibérica: una aproximación cartográfica. *I Simposium sobre los Celtíberos*. Daroca, 1986, pp. 105-122.
- ALVAR, J. y GÓNZALEZ WAGNER, C.; 1988: La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica. *Gerión*, 6, pp. 169-186.
- ÁLVAREZ ROJAS, A. y GIL MONTES, J.; 1988: Aproximación al estudio de las vías de comunicación en el Ier. milenio a.C.en Extremadura. *Trabajos de Prehistoria*, 45, pp. 305-316.
- ÁLVAREZ S. DE BURUAGA, J.; 1970: Un exvoto de bronce a Atacina-Proserpina en el Museo de Mérida. *XI Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 827-830.
- ÁLVAREZ SANCHIS, J.R.; 1990: Los verracos del Valle del Ambles (Avila: del análisis espacial a la interpretación socio-económica. *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp. 201-233.
- ALVES DÍAS, M.; BEIRAO, C.M. y COELHO, L.; 1970: Duas necrópolis da Idade do Ferro no Baixo-Alentejo: Ourique (Noticia preliminar. *O Arqueólogo Português, Serie III, IV*, pp. 175-219.
- ARNAUD, J. y JUDICE GAMITO, T.; 1974-77: Cerámicas estampilhadas da Idade do Ferro no sul de Portugal. I.- Cabeça de Vaiamonte-Monforte. *O Arqueólogo Português*, VII-IX, pp. 165-200.
- AUBET SEMMLER, M.E.; 1987: *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona.
- AUBET SEMMLER, M.E.; 1990: El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción. *La Cultura Tartésica y Extremadura*. Mérida, pp. 31-44.
- BALMORI, H.; 1935: Aecina, Adaegina. *Emerita*, 3, pp. 214-224.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G.; 1985: Introducción geográfica a la Historia de Extremadura. *Historia de Extremadura, I*. Badajoz, pp. 13-60.
- BARRIENTOS ALFAGEME, G.; 1990: *Geografía de Extremadura*. Ed. Universitat. Badajoz.
- BARRIO MARTÍN, J.; 1988: *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas (Cuéllar, Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia.
- BEIRAO, C. M.; 1986: *Une civilisation protohistorique du Sud de Portugal (Ier. Age du Fer)*. París.
- BEIRAO, C. M.; TAVARES, C.; SOARES, J.; VARELA, M. y VARELA, R.; 1985: Depósito votivo de II Idade do Ferro de Garvao. Noticia da primeira campanha de escavações. *O Arqueólogo Português*, 3, Serie IV, pp. 45-135.

- BENDALA GALÁN, M.; 1977: Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos. *Habis*, 8, pp. 177-205.
- BENDALA GALÁN, M.; 1985: Tartessos. *Historia General de España y América*, I-1, Madrid, pp. 93-640.
- BERROCAL RANGEL, L.; 1988: *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica)*, I, Serie Nertobriguense, I. Fregenal de la Sierra.
- BERROCAL RANGEL, L.; 1989a: Placas áureas de la Edad del Hierro en la Meseta Occidental. *Trabajos de Prehistoria*, 46, pp. 279-291.
- BERROCAL RANGEL, L.; 1989b: El asentamiento "céltico" del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz). *CuPAUAM*, 16, pp. 245-295.
- BERROCAL RANGEL, L.; 1990: Materiales cerámicos a mano de una necrópolis nertobriguense (EL Cantamento de la Pepina, Badajoz). *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, pp. 311-316.
- BLASCO BOSQUED, C.; 1987: La España celtibérica: La Segunda Edad del Hierro en la Meseta. *Historia General de España y América*, I-2. Madrid, pp. 297-327.
- BLASCO BOSQUED, C.; 1989: El fenómeno céltico. *Los celtas en el Valle Medio del Ebro*. Zaragoza, pp. 15-38.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.; 1957: La economía ganadera de la España prerromana a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas. *Emérita*, XXV, pp. 159-184.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.; 1962: Bronces prerromanos del Museo Arqueológico de Cáceres. *Archivo Español de Arqueología*, XXXV, pp. 129-131.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.; 1968: Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto. *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona, pp. 191-269.
- BUENO, P.; MUNICIO, L.; ALVARADO, M. y GONZÁLEZ, A.; 1988: El yacimiento de El Jardinero (Valencia de Alcántara, Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 89-102.
- BURILLO MOZOTA, F.; 1989: Poblamiento y cultura material. *Los celtas en el Valle Medio del Ebro* Zaragoza, pp. 67-98.
- BUSTOS PRETEL, V. et alii; 1989: Estudio faunístico del yacimiento de Villasviejas (Botija, Cáceres). En HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. et alii: *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.
- CABALLERO ZOREDA, L. y ROSCO MADRUGA, J.; 1988: Iglesia visigoda de Santa Lucía del Trampal, Alcuéscar (Cáceres). Primera campaña de trabajos arqueológicos, 1983-4. *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 231-249 (en particular, 240-241).
- CABELLO CAJA, R.; 1992: *Relaciones culturales en la Cuenca Media del Tajo durante la Segunda Edad del Hierro. I. La cerámica pintada*. Tesis de Licenciatura. Inédita. Cáceres.
- CABRÉ AGUILÓ, J.; 1930: Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). I. El Castro. *MJSEA.*, 110. Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J.; 1932: Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Avila). II, La Necrópolis. *MJSEA.*, 120.
- CABRÉ, J.; CABRÉ DE MORÁN, E. y MOLINERO, A.; 1950: El castro y necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila). *Acta Arqueológica Hispánica*, V.
- CABRERA, P.; 1987: Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del siglo V en Extremadura. *Oretum*, III, pp. 220 y ss.
- CANTO DE GREGORIO, A.; E.p.: *La Beturia Férrica: un problema de transmisión pliniana (y corolario para la Tabula Sienensis)*. *Etudes Céltiques*.
- CARO BAROJA, J.; 1946: *Los pueblos de España*. Madrid.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M.; 1987: Estudio de los restos óseos del poblado prerromano de Los Castillejos de Fuente de Cantos (Badajoz). En RODRÍGUEZ DÍAZ, A.: *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Inédita. Cáceres.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M.; 1988: Estudio de los restos óseos del poblado prerromano de la Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 109-112.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M.; 1991a: Estudio de los restos óseos del yacimiento de la Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). En RODRÍGUEZ DÍAZ, A.: *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*, Mérida, pp. 247-258.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M.; 1991b: Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución. *Rev. de Estudios Extremeños*, XLVII-I, pp. 9-66.
- CASTIELLA RODRÍGUEZ, A.; 1977: La Edad del Hierro en Navarra y Rioja. *Excavaciones en Navarra*, VIII, Pamplona.
- CELESTINO PÉREZ, S.; 1990: Las estelas decoradas del Sur peninsular. *La Cultura tartésica y Extremadura*. Mérida, pp. 45-62.
- CELESTINO PÉREZ, S.; 1991: El yacimiento de Cancho Roano. Campañas 1986-1990. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II., Mérida-Cáceres, pp. 185-198.
- CELESTINO PÉREZ, S.; 1992: Cancho Roano. Un centro comercial de carácter político religioso e influencia oriental. *RSF.*, XVIII, 1.
- CELESTINO, S.; ENRÍQUEZ, J.J. y RODRÍGUEZ, A.; 1989: Paleoeología de Extremadura. *Paleoetnogenésis y paleogeografía de la Península Ibérica*. Madrid. En prensa.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.; 1989: Una ofrenda en la estancia N-4 del Palacio-Santuario de Cancho Roano. *Archivo Español de Arqueología*, 62, pp. 226-233.
- CELESTINO PÉREZ, S. y JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.; E.p.: *Excavaciones en el Palacio-Santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)*. *El sector Norte*. Mérida.
- CUADRADO DÍAZ, E.; 1969: Origen y desarrollo de la cerámica de barniz rojo en el mundo tartésico. *I Symposium de Prehistoria Peninsular*, pp. 257-291.
- CUADRADO DÍAZ, E.; 1987: La necrópolis ibérica de El Cigarralajo (Mula, Murcia). *BPH.*, XXIII, Madrid.
- DEL AMO Y DE LA HERA, M.; 1978: El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva. *Huelva Arqueológica*, IV, pp. 299-340.
- DOMERGUE, C.; 1970: Un témoignage sur l'industrie minière et métallurgique du plomb dans la région d'Azuaga (Badajoz) pendant la guerre de Sertorius. *XIV CNA*, pp. 608-625.
- DOMERGUE, C.; 1985: Algunos aspectos de la explotación de las minas de la Hispania en la época republicana. *Pyrenae. Crónica Arqueológica*, pp. 91-96.

- DOMERGUE, C.; 1987: *Catalogue des mines et fonderies antiques de la Péninsule Ibérique. Série Archéologique*, VIII. Madrid. 2 vols.
- DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M.C. y GARCÍA BLANCO, J.; 1991: La Tabla de las Cañas (Capilla, Badajoz). Apuntes preliminares. *Extremadura Arqueológica*, II, pp. 235-245.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.; 1981: Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz. *Rev. de Estudios Extremeños*, XXX-VII, I, pp. 47-56.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.; 1988: Algunas cerámicas decoradas del Castillo de Alange (Badajoz). *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.; 1991: Los restos de la necrópolis de la desembocadura del río Aljucén dentro del contexto orientalizante extremeño. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)* *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 175-183.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, C.; 1991: Restos de una necrópolis orientalizante en la desembocadura del río Aljucén (Mérida, Badajoz). *Saguntum*, 24, pp. 35-52.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. y HURTADO PÉREZ, V.; 1986: Pre y protohistoria. *Historia de la Baja Extremadura*. pp. 3-85.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1985: *Las piezas de oro de Segura de León y su entorno arqueológico*. Mérida.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. y RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1988: Campaña de urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 113-128.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; 1986: *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro*. Tesis Doctoral. Ed. microfichas. Universidad de Sevilla. Sevilla.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; 1987: El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir. *Iberos. Actas sobre las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén, 1985, pp. 273-298.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; 1989: Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 433-476.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; 1992: Del bosque y de sus árboles. *Religiosidad y vida cotidiana en la España Ibérica*. Seminarios Fons Mellaria, Córdoba, 1991, pp. 47-80.
- ESTEBAN ORTEGA, J. y SALAS MARTÍN, J.; 1988: Primera campaña de excavaciones en el castro del Castillejo de Santiago del Campo (Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 129-143.
- ESTEBAN ORTEGA, J.; SÁNCHEZ ABAL, J.L. y FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.; 1988: *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Mérida-Cáceres.
- FERNÁNDEZ, J. M.; SAUCEDA, M.I. y RODRÍGUEZ, A.; 1988: Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos de Fuente de Cantos (Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 69-88.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; 1986: *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda, I y II*. Ávila.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.; 1987: El poblamiento ibérico en Huelva. *Iberos. Actas sobre las I Jornadas sobre Mundo Ibérico*. Jaén, 1985, pp. 315-326.
- FERNÁNDEZ JURADO, J.; 1988-89: Tartessos y Huelva. *Huelva Arqueológica*, X-XI, 1.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.; 1945: *España y los españoles hace dos mil años*. Madrid, 1986. 9ª.
- GARCÍA Y BELLIDO, A.; 1947: *La España del siglo I de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid, 1978. 3ª.
- GARCÍA Y BELLIDO, M.P.; 1991: Las religiones orientales en la Península Ibérica: documentos numismáticos I. *AEspA*, 64, pp. 37-81.
- GARCÍA -HOZ ROSALES, C.; 1991: Los bronceos orientalizantes del Torrejón de Abajo (Cáceres). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Barcelona, pp. 457-474.
- GARCÍA-HOZ ROSALES, C. y ÁLVAREZ ROJAS, A.; 1991: El Torrejón de Abajo, Cáceres. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)* *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 199-209.
- GARCÍA IGLESIAS, L.; 1971: La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua. *Archivo Español de Arqueología*, 44, pp. 86-108.
- GARCÍA MARTÍN, P. (Coord.); 1991: *Cordeles, cañadas y veredas*. Valladolid.
- GARCÍA MORENO, L.A.; 1989: Turdetanos, túrdulos y tartessos. Una hipótesis. *Gerión. Anejos II. Estudios sobre la Antigüedad en homenaje al Pfr. Santiago Montero Díaz*, pp. 289-294.
- GARCÍA-SOTO MATEOS, E.; 1990: Las necrópolis de la Edad del Hierro en el Alto Valle del Duero. *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*, Zaragoza, pp. 13-38.
- GARCÍA -SOTO, E. y DE LA ROSA, R.; 1990: Aproximación al estudio de las cerámicas con decoración a peine en la Meseta Norte. *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtiberos*, Zaragoza, pp. 305-310.
- GONZÁLEZ, A.; DE ALVARADO, M. y BLANCO, J.L.; E.p.: *Las joyas orientalizantes de Villanueva de la Vera (Cáceres)*.
- GONZÁLEZ, A.; HERNÁNDEZ, M.; CASTILLO, J. y TORRES, N.; 1990: Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura. *Studia Zamorensia*, XI, pp. 129-160.
- GONZÁLEZ CORDERO, A. y QUIJADA GONZÁLEZ, D.; 1991: *Los orígenes del Campa Arañuelo y la Jara Cacereña y su integración en la prehistoria regional*. Naval Moral de la Mata.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; 1986: Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente. *Los fenicios en la Península Ibérica*. Sabadell.
- GONZÁLEZ PRATS, A.; 1990: *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante.
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.C.; 1986: *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*. Vitoria.
- GONZÁLEZ WAGNER, C.; 1983: Aproximación al proceso histórico de Tartessos. *Archivo Español de Arqueología*, 56, pp. 3-36.
- GONZÁLEZ WAGNER, C.; 1986: Notas en torno a la aculturación de Tartessos. *Gerión*, 4, pp. 129-160.

- GONZÁLEZ WAGNER, C. y ALVAR, J.; 1989: Fenicios en Occidente: la colonización agrícola. *Rivista di Studi Fenici*, 17, pp. 61 y ss.
- GUERRERO AYUSO, V.M.; 1991: El palacio-santuario de Cancho-Roano (Badajoz) y la comercialización de ánforas fenicias indígenas. *RSF.*, 19, pp. 49-82.
- HARRISON, R.J. y MORENO, G.; 1985: El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios. *Trabajos de Prehistoria*, 42, pp. 51-82.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; 1981: Cerámica con decoración a peine. *Trabajos de Prehistoria*, 38, pp. 317-326.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; 1991: La necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres). *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 255-267.
- HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, M.D. y SÁNCHEZ, M.A.; 1986-87: Hallazgo *in situ* de unos útiles de trabajo. *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 419-425.
- HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, M.D. y SÁNCHEZ, M.A.; 1989: *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.
- JIMÉNEZ ÁVILA, F.J.; 1990: *Estudio arqueológico del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz) y su entorno*. Tesis de Licenciatura. Inédita. Cáceres.
- JUDICE GAMITO, T.; 1981: A propósito do castro de Segovia (Elvas). Resistencia a Roma no Sudoeste peninsular. *Historia*, 29, pp. 32-43.
- KLEIN, J.; 1979: *La Mesta (Estudio de la Historia Económica Española 1273-1836)*. Madrid.
- KURTZ SCHAEFER, W.S.; 1987: La Necrópolis de Las Cogotas. Volumen I: Ajueres. Revisión de los materiales de la necrópolis de la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca del Duero (España). *BAR. International Series*, 344, Oxford.
- LÓPEZ MELERO, R.; 1986: Nueva evidencia sobre el culto de Ategina: el epígrafe de Bienvenida. *Manifestaciones religiosas en la Lusitania*, Cáceres, pp. 83-112.
- LÓPEZ MONTEAGUDO, G.; 1989: Esculturas zoomorfas celtas de la Península Ibérica. *Anejos de AEA.*, X. CSIC. CEH. Madrid.
- LÓPEZ PARDO, F.; 1990: Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano. *Gerión*, 8, pp. 141-162.
- LORRIO ALVARADO, A.; 1988-89: Cerámica gris orientalizante de la necrópolis de Medellín (Badajoz). *Zephyrus*, XLI-XLII, pp. 283-314.
- LORRIO ALVARADO, A.; 1990: La Mercadera (Soria: Organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica. *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los Celtíberos*, Zaragoza, pp. 39-50.
- LORRIO ALVARADO, A.; 1994: La evolución de la panoplia celtibérica. *Madrid-Mitteilungen*, 35, pp. 212 y ss.
- MAIA, M.; 1985: Celtici e turduli nas fontes clássicas. *Actas III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas*. Lisboa, 1980, Salamanca, pp. 165-177.
- MALUQUER DE MOTES, J.; 1981: El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz). En MALUQUER DE MOTES, J. y AUBET SEMMLER, M.E.: *Andalucía y Extremadura*. PIP. Barcelona, pp. 225-409.
- MALUQUER DE MOTES, J.; 1982: Los pueblos de la España céltica. *Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal*, I-3. 4ª. Madrid, 1954. 1ª, pp. 5-305.
- MALUQUER DE MOTES, J.; 1983: *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)*, II. 1981-1982. Barcelona.
- MALUQUER DE MOTES, J.; CELESTINO PÉREZ, S.; GARCÍA, F. y MUNILLA, G.; 1986: *El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*, III. 1983-1986. Barcelona.
- MARTÍN BRAVO, A.M.; 1991: Aproximación a la economía de los castros del norte de Extremadura. *Gerión. Anejos III. Estudios en homenaje al Dr. Michel Ponsich*, pp. 169-180.
- MARTÍN VALLS, R.; 1985: Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas. *La Prehistoria del Valle del Duero*, 1., Valladolid, pp. 104-131.
- MARTÍN VALLS, R.; 1986-87: La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización. *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 59-86.
- MORALES MUÑIZ, A.; 1977: Los restos animales del castro de Medellín. En ALMAGRO GORBEA, M: El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. *BPH.*, XIV, Madrid, pp. 513-519.
- MARTÍN VALLS, R.; 1990: Arqueozoología teórica: usos y abusos reflejados en la interpretación de las asociaciones de fauna de yacimientos antrópicos. *Trabajos de Prehistoria*, 47. 251-290.
- ONGIL VALENTÍN, M.I.; 1986-87: Los poblados de ribero. Análisis territorial. *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 321-328.
- ONGIL VALENTÍN, M.I.; 1988: Excavaciones en el poblado prerromano de la Villavieja del Castillejo de la Orden (Alcántara, Cáceres). *Extremadura Arqueológica*, I, pp. 103-108.
- ORTIZ ROMERO, P.; 1989: Problemática general en torno a los recintos-torre de La Serena, Badajoz. *XIX Congreso Nacional de Arqueología*. Castellón-Zaragoza.
- ORTIZ ROMERO, P.; 1991: Excavaciones y sondeos en los recintos de tipo torre de La Serena. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II, pp. 301-318.
- PAREDES GUILLEN, V.; 1888: *Historia de los framontanos celtiberos desde los más remotos tiempos hasta nuestros días*. Plasencia.
- PASTOR MUÑOZ, M. y PACHÓN ROMERO, JA.; 1991: Excavación arqueológica en Miróbriga: campañas 1987-1988. *Extremadura Arqueológica*, II, pp. 347-360.
- PAZ, M.A.; 1991: *Breve informe de algunos restos óseos del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)*. Inédito.
- PÉREZ MACIAS, A.; 1987: *Carta Arqueológica de los Picos de Aroche*. Huelva.
- PÉREZ MACIAS, A.; 1990: *Castañuelo, los orígenes de la Baeturia Céltica*. Museo Arqueológico de Huelva. Huelva.
- PLÁCIDO SUÁREZ, D.; ALVAR EZQUERRA, J. y GONZÁLEZ WAGNER, C.; 1991: *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*. Ed. Síntesis. Madrid.
- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A.; 1985: Restos de la antigua ordenación social y territorial: las gentilidades vettonas en la provincia de Cáceres. *Norba*, 6, pp. 29-42.

- REDONDO RODRÍGUEZ, J.A.; 1987: *Protohistoria y Romanización de la Regio Turgaliensis*. Tesis Doctoral. Inédita. Cáceres.
- REDONDO, J. A.; ESTEBAN, J. y SALAS, J.; 1991: El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II, pp. 269-282.
- RIVERO DE LA HIGUERA, C.; 1974: Cerámicas ibéricas del castro de la Plaza del Tercio (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres). *Zephyrus*, XXV, pp. 351-379.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1987: *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Inédita. Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1989: La Segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento. *Saguntum*, 22, pp. 165-224.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1990: Continuidad y ruptura cultural durante la Segunda Edad del Hierro en Extremadura. *La cultura Tartésica y Extremadura*, Mérida, pp. 127-162.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1991a: *La Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)*. Campaña de 1987. Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; 1991b: Proyecto Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz: 1986-1990). *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica*, II, Mérida-Cáceres, pp. 283-300.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; E.p.: Algunas reflexiones sobre el fin de Tartessos en el Valle Medio del Guadiana; la crisis del 400 a.C. y el desarrollo de la Beturia. *CuPAUAM*, 20.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y BERROCAL RANGEL, L.; 1988: Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Badajoz). *CuPAUAM*, 15, pp. 215-252.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J.; 1992: Necrópolis protohistóricas de Extremadura. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*. Madrid, 1991.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. e IÑESTA MENA, J.; 1984: Las Dehesillas, un poblado prerromano en el término municipal de Higuera de Llerena, Badajoz). *Norba*, 5, pp. 17-28.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P.; 1986: Avance de la primera campaña de excavación en el recinto-torre de Hijojejo (Quintana de la Serena, Badajoz). El sondeo núm. 2. *Norba*, 7, pp. 25-41.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. y ORTIZ ROMERO, P.; 1990: Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de La Serena, Badajoz. *CuPAUAM*, 17, pp. 45-65.
- ROLDÁN HERVÁS, J.M.; 1968-69: Fuentes antiguas para el estudio de los vettones. *Zephyrus*, XIX-XX, pp. 73-106.
- ROUILLARD, P.; 1991: *Les Grecs et la Péninsule Ibérique du VIII au IV siècle avant Jésus-Christ*. París
- RUIZ DELGADO, M.M.; 1989: Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías. *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*. Sabadell.
- RUIZ ZAPATERO, G.; 1985: *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*. Madrid. 2 vols.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D.; 1986: *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SALINAS DE FRÍAS, M.; 1986: *La organización tribal de los vettones*. Salamanca.
- SÁNCHEZ ABAL, J.L.; 1979: El castro de Sansueña, Aliseda (Cáceres: situación y descripción del sistema defensivo. *Estudios en homenaje a C. Callejo Serrano*. Cáceres, pp. 659-663.
- SAYAS ABENGOCHEA, J.J. y LÓPEZ MELERO, R.; 1991: Vettones. *Las entidades étnicas de la Meseta Norte de Hispania en época prerromana*, Valladolid, pp. 73 y ss.
- SCHÜLE, W.; 1969: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F.; 1979: Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz. *Rev. de Estudios Extremeños*, XXXV-II, pp. 337-352.
- VAQUERIZO GIL, D.; 1986: Indigenismo y Romanización en la llamada Siberia Extremeña. *Rev. Arqueología*, 58, pp. 10-18.
- VIANA, A. y DIAS DE DEUS, A.; 1950: Necrópolis céltico-romanas del concejo de Elvas (Portugal). *Archivo Español de Arqueología*, XXIII, pp. 229-253.
- WATTENBERG, F.; 1963: Las cerámicas indígenas de Numancia. *BPH*, IV. Madrid.
- WATTENBERG, F.; 1978: *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*. Valladolid.
- YLL AGUIRRE, E.I.; 1991: *Análisis polínico del yacimiento de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)*. Inédito.